

CAPÍTULO VII. *De los sacerdotes y pontífice que se elegía en la provincia y señorío de los totonacas; y del modo de su elección y preeminencia y de su manera de consagración, casi semejante en la confección del olio a la de el sacerdote sumo de la ley antigua, que fue engaño muy notable de el demonio*



LOS SACERDOTES QUE HABÍA en la provincia de los totonacas eran hechos por elección, así como antiguamente los pueblos elegían a los obispos y también al sumo pontífice el pueblo romano; y esto parece por muchos decretos y en las historias de los santos, como de San Silvestre, San Gregorio, San Nicolás y San Ambrosio. Elegidos seis, en aquella provincia, era de esta manera que el uno de ellos era el pontífice máximo y cabeza de los demás, los cuales se iban excediendo y aventajando en dignidad y autoridad por este orden: que el primero electo (como más antiguo) era supremo al segundo y el segundo al tercero y así iba discurrendo hasta el más moderno o últimamente electo, aunque lo hubiesen sido todos en un día y hora valiendo en aquella elección la antigüedad del nombramiento. Cuando este pontífice y sacerdote sumo moría, celebradas sus obsequias (como en otra parte se dice), sucedía en el sumo pontificado aquel sacerdote que después de él era primero y más conjunto a él por elección, al cual los otros sacerdotes, con gran fiesta que hacían, lo ungián y consagraban con un unguento hecho de un licor que se llama ulli, confeccionado con sangre de los niños que sacrificaban. Este unguento y confección de licor se ponía en la cabeza, y con esta unción y ceremonia se introducían en la dignidad y oficio de pontífice y sumo sacerdote. Hecha la ceremonia y unción, luego todo el pueblo le hacía grandísima reverencia y acatamiento, y con grandes cortesías y aplauso le daban gracias, porque se encargaba de aquella dignidad y recibía aquel estado casi como agradeciéndole que tomase la carga y el cuidado de su regimiento y gobierno espiritual; y dándole todos la obediencia se acababa la fiesta y confirmación de pontífice y sacerdote sumo.

Este acto y ceremonia de ungir los sacerdotes mandó Dios verdadero a Moysén, que hiciese en Aarón y sus cuatro hijos, después de haber edificado el tabernáculo, como parece en el *Levítico*; y en el *Éxodo*, se declara la confección de este unguento con que se hacía la unción y consagración del sumo sacerdote y la de los otros que eran menores. Pero lo que aquí quiero notar (dejando otras muchas cosas) no es más que la mezcla y confección que se hacía para la unción, la cual era de diversas especies y cosas aromáticas, desleídas en aceite, de cuya incorporación se espesaba el unguento con que se hacía la consagración y unción dicha. Todo lo cual se juntaba con sangre de un becerro y dos carneros que en esta ocasión y

<sup>1</sup> Lev. 8. Exod. 29.

para este efecto eran sacrificados, como parece por el texto sagrado, y con toda esta mezcla se ungió la cabeza del sacerdote y se derramaba por las vestiduras sacerdotales. Lo segundo que se nota es la astucia del demonio, que viendo esta confección para la unción y consagración dicha, la usurpó del pueblo y casa de Dios para la suya, y ordenó que sus ministros fuesen ungidos con esta goma, llamada ulli, y con sangre; y no se contentó con que la sangre fuese de animales irracionales, como en el pueblo de Dios se acostumbró, sino que fuese de animales racionales y niños tiernos, como aquel que en la destrucción y ruina del linaje humano se deleita, inficionada la unción con sangre humana, como sucio y puerco que es, a diferencia de Dios que es limpio y puro en todas sus acciones.

CAPÍTULO VIII. *De los sacerdotes que se elegían a la diosa Cinteutl, que eran como monjes segregados y apartados de los demás, de su dignidad y vida*



EN ESTA PROVINCIA DE LOS TOTONACAS había una diosa cuyo nombre era Cinteutl, a la cual (como en otra parte hemos dicho)<sup>1</sup> estimaban y honraban todos los de esta Nueva España y tenían en mucho, para cuyo servicio, aunque es verdad que tenía muchos ministros, en particular se le elegían sacerdotes dignos a su parecer del crédito que debían tener hombres que a tan gran diosa servían. Éstos eran castísimos y de vida irreprehensible y loable entre ellos (y aun entre nosotros lo pudieran ser, sacada la infidelidad e idolatría con que estaban ciegos). Era tan virtuosa su vida que todas las gentes los venían a visitar, como gente particular y virtuosa en las virtudes morales, y a encomendarse a ellos para que rogasen a la diosa y a los otros dioses por ellos, por razón de no ser otro su ejercicio, sino rogar por la prosperidad de los pueblos y comunidades y de los que a ellos se encomendaban. A estos monjes iban a consultar los sumos pontífices y los consultaban sobre las cosas secretas y negocios arduos; y con ellos se aconsejaban y tomaban su consejo eficazmente, creyendo ser sano y saludable. Estos dichos monjes no podían hablar con otras personas, si no era con las ya dichas de los pontífices, salvo con aquellos que los iban a visitar como segregados de la vida común y apartados de los vicios ordinarios y a pedirles consejo como a maestros y padres. Y en semejantes ocasiones poníanse en cuclillas y los ojos en el suelo, oían las aflicciones de los que las llevaban y razones y palabras de los que preguntaban; y habiendo escuchado con mucha atención, humildad y mortificación, respondían a las dudas y dificultades, lo necesario, excusando multiplicación de palabras, y despedíanlos con brevedad y consuelo.

Su vestido eran pellejos de zorros, coyotes o adives, traían el cabello muy largo y tranzado, jamás comían carne; y allí en aquella estrechez y mortifi-

<sup>1</sup> Supra lib. 6. cap. 25.